

5. Agustín Molina y Vedia *

Perfiles de Trump. Debates sociológicos sobre el avance ultraconservador en la tierra de la libertad

ABSTRACT

Pocas semanas después de la asunción de Barack Obama, un movimiento de derecha salió a las calles para oponerse a sus políticas. El Tea Party, como se lo conoció, articuló activismo de base, organizaciones promotoras del libre mercado a ultranza y medios de comunicación conservadores. Su agenda extremista allanó el camino para el ascenso de Donald Trump, cuya campaña triunfante asombró a expertos y legos por igual. Este artículo identifica y compara tres corrientes de pensamiento acerca de las causas sociales y políticas de su victoria. La teoría de la “reacción cultural” afirma que el avance del populismo autoritario expresa la reacción de un grupo previamente hegemónico

cuyo status declinó debido a cambios demográficos y culturales de larga data. Inversamente, un segundo conjunto de autores sostiene que la sociedad estadounidense no ha experimentado transformaciones sustanciales y que, contrariamente a lo que se cree, Trump no refleja una polarización real del electorado. Por último, pensadores asociados a la Escuela de Frankfurt argumentan que las elecciones de 2016 marcaron el florecimiento de tendencias fascistas profundamente arraigadas en la cultura norteamericana. Nuestro estudio analiza estas perspectivas y presenta una síntesis de sus aspectos más valiosos, sin dejar de notar sus deficiencias.

Palabras clave: Tea Party – populismo autoritario – reacción cultural – teoría crítica – polarización.

Few weeks after the inauguration of Barack Obama, a right-wing movement took to the streets to oppose his policies. The Tea Party, as it came to be known, combined grassroots activism, ultra-free-market advocacy groups and conservative media hosts. Its extreme agenda paved the way for the ascent of Donald Trump, whose triumphant campaign shocked pundits and the general public alike. This study identifies and compares three currents of thought regarding the social and political causes of his victory. The “cultural backlash” theory claims that the rise of authoritarian

* CONICET-UBA-IIGG (Argentina). E-mail: agustinmolina yvedia@gmail.com

populism expresses the reaction of a previously hegemonic group whose status declined due to long standing demographic and cultural changes. Conversely, a second set of authors maintains that American society has not undergone substantive transformations and that, contrary to commonly held beliefs, Trump does not reflect a real polarization of the electorate. Lastly, thinkers associated with the Frankfurt School argue that the 2016 elections marked the blossoming of fascist tendencies engrained in American culture. Our study analyzes these perspectives and puts forth a synthesis of their most valuable aspects while pointing out their shortcomings.

Key words: *Tea Party - authoritarian populism - cultural backlash - critical theory - polarization.*

La mejor defensa es un buen ataque. El conservadurismo republicano, del Tea Party a Trump

Más de un lustro antes del ascenso político de Donald Trump, en 2009, la irrupción de un movimiento conservador radicalizado llamó la atención de expertos políticos e investigadores sociales. Apenas unas semanas después de la asunción de Barack Obama, cuya victoria había multiplicado los llamados a una moderación del Partido

Republicano, una fracción considerable de la derecha estadounidense se manifestó en el espacio público con ánimo beligerante.¹ Bautizado *Tea Party* en honor a los patriotas anticolonialistas de finales del siglo XVIII, el nuevo sector militante se alzó contra el programa de estímulos con el que la administración Obama pretendía hacer frente a la crisis financiera de 2008. La ráfaga inicial de movilizaciones engendró alrededor de mil centros regularmente constituidos a lo ancho del país.

Intrigadas por esta ebullición cívica, Theda Skocpol y Vanessa Williamson decidieron estudiar el fenómeno de primera mano, entrevistando a los miembros del *Tea Party*, participando en sus reuniones deliberativas y elucidando el marco global de su accionar. Contra las versiones más difundidas acerca de la formación emergente, las autoras no encontraron ni un movimiento puramente espontáneo, ni un ardid pergeñado por multimillonarios astutos. En cambio, descubrieron una red tenue que aunaba militancia de base, medios de comunicación conservadores y organizaciones promotoras del libre mercado a ultranza.

Entre los activistas de a pie, Skocpol y Williamson observaron un perfil homogéneo, con marcado predominio de la población blanca, instruida, de edad avanzada y por encima de la media nacional en términos económicos. En cuanto a las disposiciones políticas, comprobaron que los *tea-partiers* se ubicaban en las zonas extremas del

¹ Un ejemplo del diagnóstico queataba el futuro electoral del republicanismo a la morigeración de su postura en materia social puede hallarse en David Brady, Douglas Rivers y Laurel Harbridge. "The 2008 Democratic

Shift". *Policy Review*, Nro. 152, 2008. Disponible en: <https://www.hoover.org/research/2008-democratic-shift>. Consultado el 10 de febrero de 2020.

conservadurismo republicano. Las reverencias a la Constitución implicaban la defensa obstinada de la propiedad privada y el derecho a portar armas. En su relación con el gobierno federal, explican las autoras, los *tea-partiers* navegaban sin remordimientos una hipocresía mayúscula: beneficiarios, por su edad propecta, de múltiples servicios sociales, rechazaban todos aquellos gastos federales ligados a la ayuda de los más necesitados. Los reclamos de austeridad fiscal, por lo tanto, aparecían condicionados por una distinción entre ciudadanos merecedores y vividores [*freeloaders*] que encubría prejuicios clasistas y racistas.

La mixtura de estos principios reaccionarios con una profunda desconfianza hacia las élites liberales infundía un acendrado rencor contra Obama. Además de culparlo por el colapso inminente de la economía, los miembros del *Tea Party* lo consideraban un mandatario ilegítimo, probablemente nacido en el extranjero, listo para repartir cartas de ciudadanía a inmigrantes ilegales con el objetivo de engrosar su caudal de votos. Por debajo de este odio, Skocpol y Williamson detectaron el miedo ante el rumbo de la nación estadounidense: “así como los liberales y muchos jóvenes percibieron a Obama como un símbolo de la caída de barreras, un heraldo de nuevas posibilidades en la sociedad y política norteamericanas, los participantes del *Tea Party* también percibieron que nuevas cosas estaban en marcha –cambios en las normas societales, mayor diversidad étnica, cosmopolitismo internacional y nuevas redistribuciones

orientadas a los ciudadanos más jóvenes. Lo que esperanza a algunos norteamericanos, desata ira y temor en otros. Como bien planteó James Morrow, ‘Barack Obama dijo abiertamente que quería cambiar a América’. Para las personas de mentalidad conservadora, generalmente mayores, que se sumaron al *Tea Party*, esta promesa fue –y sigue siendo– una amenaza horrenda”.²

Ese pavor no pasó inadvertido en los círculos de la élite ultraconservadora, que identificaron una oportunidad para impulsar su agenda. A través de organizaciones como *Americans for Prosperity* y *Freedom Works*, la clase multimillonaria reforzó su prédica fundamentalista en torno a los valores del libre mercado. En el corto plazo, sus metas fueron afianzar la intransigencia de los congresistas republicanos, movilizar el apoyo a candidatos inflexibles en las elecciones de medio término y al presupuesto severo que el representante Paul Ryan propuso ante el Congreso en 2011.

Esta oposición a Obama se inscribía en un proyecto ambicioso de refundación del Partido Republicano. Los hermanos Koch, en connivencia con otras familias acaudaladas, deseaban empujar al *Grand Old Party* (GOP) hacia la derecha, impugnando el más mínimo compromiso de los principios de reciedumbre fiscal en aras de la *electability*. Su pliego de reivindicaciones incluía exenciones impositivas para los magnates, el fin de las regulaciones ambientales y el desmantelamiento de la seguridad social, ya en ruinas. Este programa maximalista,

² Theda Skocpol y Vanessa Williamson. *The Tea Party and the remaking of Republican conservatism*; Nueva York, Oxford University Press, 2012, p.82.

aclararon Skocpol y Williamson, no coincidía exactamente con el de las bases del *Tea Party*. De yuxtaponerlos, se hubiera evidenciado la intención elitista de cancelar prestaciones estatales de vital importancia para los activistas. Obligada a sortear este escollo, la comunicación de los *think tanks* liberales recurría a mensajes vagos sobre el déficit público y los anhelos socialistas de Obama. Con ayuda de este malentendido se establecían “lazos relajados de conveniencia” entre bases y cúpulas. Las primeras obtenían recursos financieros, las segundas, una masa inquieta de la que podían autoproclamarse voceras.

En su balance provisorio sobre el movimiento, Skocpol y Williamson le reconocieron logros políticos sustanciales. Luego de la derrota contundente de John McCain en las elecciones presidenciales, el *Tea Party* revirtió el desánimo de los republicanos, instaló la cuestión del gasto en el debate público y galvanizó la participación en los comicios de 2010, que arrebataron el control de la Cámara de los Representantes y minimizaron la mayoría demócrata en el Senado. No obstante, las autoras sembraron dudas sobre el porvenir del agrupamiento. El impacto inicial, conjeturaban, podría invertirse cuando las posiciones impopulares del *Tea Party* fueran conocidas por la población: “Para los adultos en edad de trabajar, las ideas presupuestarias del GOP son una clara amenaza (...) Muchos jóvenes también pueden ser repelidos por las políticas sociales contra los gays propulsadas por militantes *tea partiers* de convicciones cristianas y conservadoras, así como por los

estereotipos raciales y étnicos que subyacen a la ideología del *Tea Party*. Y muchos inmigrantes legales son espantados por el énfasis de las bases del *Tea Party* en medidas draconianas de control policial y fronterizo para hostigar y deportar a residentes indocumentados”.³

Justo cuando Skocpol y Williamson concluían su investigación, la socióloga Arlie Russell Hochschild comenzaba su trabajo de campo en Luisiana. Ese estado del sur ilustraba una “Gran Paradoja”: aquellas regiones de Estados Unidos que más necesitaban la ayuda del gobierno federal, eran, al mismo tiempo, las más reacias a su intervención. Para entender esta paradoja en profundidad, Hochschild concentró su atención en asuntos medioambientales. Luisiana, observó, era una circunscripción plagada de crisis ecológicas, pero con un contingente republicano opuesto a la regulación de las industrias contaminantes. Por las páginas de *Strangers in Their Own Land* desfilan individuos afectados enormemente por la polución, peces intoxicados, bosques diezmados y barrios envenenados con gas metano. Los *tea partiers* entrevistados por Hochschild reconocían con angustia estos problemas, pero exculpaban a las empresas, a todas luces responsables por el descalabro ambiental, y cargaban las tintas contra el estado federal. Gran hermano entrometido, mendigo insistente, el gobierno central era particularmente denostado por sus acciones a favor de las minorías. La discriminación positiva [*affirmative action*] destinada a mujeres y afroamericanos era el núcleo del descontento reinante entre los conservadores

³ *Ibid.*, pp. 195-196.

de Luisiana, persuadidos de que los ociosos estaban horadando los cimientos del sueño americano.

Por el lapso de su pesquisa, Hochschild llegó a registrar el entusiasmo de los *tea-partiers* frente al avance de Trump en las internas republicanas. Ante todo, el empresario funcionó como un candidato emocional, hábil para explotar la sensación blanca de ser postergado por minorías advenedizas: “Él estaba descartando no sólo una serie de actitudes ‘políticamente correctas’, sino una serie de *reglas de sentimiento* –esto es, una serie de ideas acerca del modo correcto de sentirse respecto a los negros, las mujeres, los inmigrantes y los gays”.⁴ Gracias a Trump, el fastidio por las exigencias de comprensión y empatía pasó a la ofensiva franca, alimentando la corriente de efervescencia colectiva incubada en el *Tea Party*.

Con mirada retrospectiva, Vanessa Williamson refrendó la hipótesis de un tránsito fluido desde el *Tea Party* hacia el rebaño de Trump. Su libro con Skocpol terminaba con el interrogante acerca del impacto que la movilización conservadora tendría sobre la democracia estadounidense. Por un lado, las autoras valoraban la ciudadanía activa de los *tea-partiers*, que actualizaba una institución vibrante del sistema político norteamericano. Por otro, lamentaban su permeabilidad a la información falsa y su intolerancia grupal

frente a los extraños. Tras las elecciones de 2016, Williamson inclinó definitivamente la balanza: “Uno de los aspectos esperanzadores de mi investigación sobre el *Tea Party* era el compromiso de los activistas de base con la organización política local –con el esfuerzo cotidiano de reunirse, imprimir volantes, llamar a congresistas, postularse a la junta escolar. En ese sentido, su trabajo era parte de una orgullosa tradición norteamericana de compromiso cotidiano a pequeña escala, un estilo de democracia que, desde hace mucho, se ha imaginado como una protección contra la demagogia y la tiranía. Que su trabajo haya empoderado a un líder genuinamente antidemocrático es una ironía, y una tragedia”.⁵

El triunfo de Trump en las elecciones presidenciales, sin embargo, excedió la dinámica de los reductos ultraconservadores. Una vez consumada la sorpresa, proliferaron las explicaciones de su victoria sobre Hillary Clinton. En lo que sigue, inquirimos tres líneas de interpretación sobre el fenómeno que articulan razonamientos politológicos con perspectivas sociológicas acerca de Estados Unidos. Primero, revisaremos la teoría de la “reacción cultural” [*cultural backlash*], que coloca el acento en el vínculo del populismo autoritario con las tensiones sociales originadas en la década de 1960. Luego daremos voz a quienes no perciben en la coyuntura un quiebre significativo de los

⁴ Arlie Russell Hochschild. *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*; Nueva York, The New Press, 2016, p. 227.

⁵ Vanessa Williamson. “What the Tea Party Tells Us about the Trump Presidency”, *Brookings*, noviembre, Vol. 9, 2016. Disponible en: <https://www.brookings.edu/blog/fixgov/2016/11/09/tea-party-and-trump-presidency/>. Consultado el 10 de

febrero de 2020. La misma ligazón fue indicada por Jonathan Chait. “Donald Trump Hasn’t Killed the Tea Party. He is the Tea Party”. *New York Magazine*, mayo, 2016. Disponible en: <http://nymag.com/intelligencer/2016/05/donald-trump-is-the-tea-party.html?gtm=top>. Consultado el 10 de febrero de 2020.

patrones sociales y políticos norteamericanos. Por último, retomaremos los análisis de la teoría crítica, que ve en Trump la confirmación de la veta fascista del capitalismo norteamericano.

La minoría victoriosa. El populismo autoritario como reacción cultural

A contramano del coro que denuncia a Donald Trump por dividir a los estadounidenses, Alan Abramowitz argumenta que el empresario neoyorquino aprovechó fracturas sociopolíticas preexistentes, agudizadas mucho antes de su salto a la arena política. Para demostrar esta aseveración, Abramowitz se remonta a los años del *New Deal*, en los que Franklin Delano Roosevelt forjó la alianza que garantizaría la supremacía demócrata en el Congreso por más de medio siglo. Esta coalición, que reunía a blancos del sur, trabajadores sindicalizados del norte y una minoría negra con peso electoral magro, era sumamente heterogénea, propia de un tiempo en el que las identificaciones partidarias no seguían criterios rígidos en materia de ideología, raza y religión.

La caída paulatina de este edificio fue consecuencia de la mutación social desatada en los sesenta: “esta transformación incluyó la

revolución de los derechos civiles, la expansión del Estado de Bienestar y regulador creado en la era del *New Deal*, la inmigración en gran escala desde América Latina y Asia, el cambiante rol de la mujer, el cambio en la estructura de la familia americana, el movimiento de mujeres y gays, y cambios en las creencias y prácticas religiosas. Comparada con la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX, la versión de principios del siglo XXI es mucho más diversa racial y étnicamente, más dependiente de prestaciones gubernamentales, más liberada sexualmente, más diversa religiosamente y más secular. Está también mucho más dividida, amargamente dividida, por líneas partidarias”.⁶ En pocas palabras, estos procesos finiquitaron la integración valorativa que la teoría funcionalista había descrito y encomiado en la sociedad estadounidense. Según Abramowitz, la tesis de que los ciudadanos norteamericanos compartían un mismo sistema de valores, verosímil aunque discutible en los albores de la posguerra, fue desmentida taxativamente por la eclosión contestataria y el posterior rearme conservador.⁷

La división partidista, sostiene Abramowitz, resulta indisoluble de esa polarización cultural. Con el paso de las décadas, la base de

⁶ Alan I. Abramowitz. *The Great Alignment: Race, Party Transformation and the Rise of Donald Trump*; New Haven, Yale University Press, 2018, p. 12. Las lagunas de este cotejo histórico pueden explorarse con la lectura de Jefferson Cowie. *The Great Exception: The New Deal and the Limits of American Politics*; New Jersey, Princeton University Press, 2016. Sin desmerecer las modificaciones del orden cultural, Cowie remarca el declive lento pero seguro del *New Deal* a partir de los sesenta. Cualquier reseña sobre la transición epocal

debería asentar, para Cowie, el ascenso del poder corporativo y el debilitamiento correspondiente de las organizaciones obreras. El privilegio de la cultura por sobre fenómenos como la distribución del ingreso y la dinámica de clases anticipa una constante en las apreciaciones de Abramowitz y afines.

⁷ Para una presentación breve de la mirada funcionalista, consultar Talcott Parsons. “Youth in the Context of American Society”. *Daedalus*, Vol. 91, Nro.1, 1962 (97-123).

cada partido se volvió más homogénea, al tiempo que las orientaciones individuales se tornaron más extremas. A medida que los votantes alinearon su identificación partidaria con su ideología, las actitudes sobre los principales temas de agenda adoptaron un talante más decidido y estable. En el caso de las opiniones sobre el Estado de Bienestar, esta polarización fue asimétrica. Con el aliento persuasivo de Ronald Reagan, que propaló el estereotipo racializado de la *welfare queen*, los simpatizantes republicanos intensificaron su valoración negativa de la asistencia provista a los afroamericanos, las cargas impositivas y la intervención gubernamental en las áreas de salud y trabajo. Pese a que el movimiento de los demócratas hacia la izquierda fue leve, el fervor neoconservador alcanzó para montar un escenario de contrastes notorios.

En cuanto a los derechos individuales y de las minorías, por el contrario, Abramowitz corrobora una polarización simétrica. A lo largo de las últimas tres décadas, las filas de ambos partidos han endurecido sus posicionamientos respecto al aborto y los derechos de los homosexuales, llegando a coordenadas irreconciliables. Paralelamente, las convicciones sobre estos tópicos siguieron cada vez más de cerca a las preferencias relativas al Estado de Bienestar. De acuerdo a los relevamientos estadísticos, la congruencia ideológica está en alza, aumentando la proporción de estadounidenses que sostiene valores netamente liberales o conservadores. Como nunca antes, las creencias de un individuo sobre el aborto pueden inferirse de su rictus frente al gasto fiscal.

Esta superposición de líneas de disenso redundante en una polarización afectiva que sustenta el auge del “partidismo negativo” [*negative partisanship*]. Si se compara con el humor preponderante en los ochenta, el terreno contemporáneo destaca por los sentimientos negativos dirigidos contra el candidato ajeno. Por esa razón, el apego a los propios representantes se nutre del rechazo que generan sus contrincantes. Al trasladarse de elección en elección y al abarcar comicios de distinta escala, esta aversión no puede atribuirse a características idiosincráticas de los candidatos, sino al cerril alineamiento partidario.

De estas tendencias nace un panorama de elecciones generales reñidas, elevada lealtad al partido, predominio del voto a boleta completa y disminución de “estados oscilantes” [*swing states*]. Esta fijeza del mapa electoral trasluce el ascendiente de la raza en la demarcación política. Desde los setenta, la población blanca engrosó las huestes republicanas, compensando el Partido Demócrata esa pérdida a través de la simpatía de afroamericanos, hispanos y asioamericanos. El incremento demográfico de estas minorías equilibró las fuerzas y trazó una clara brecha racial entre los partidos. Cambiar de partido es como cambiar de piel, empresa harto improbable que pocos conciben.

En el fondo de estos reposicionamientos cunde la animosidad racial. De hecho, anota Abramowitz, el papel del resentimiento blanco en la definición del sufragio creció exponencialmente en las últimas décadas. Incluso en las internas que enfrentaron a Barack Obama y Hillary Clinton, la inclinación

de los votantes blancos mostró una estrecha correlación con los índices de resentimiento racial. Previsiblemente, este factor fue aún más determinante en las elecciones generales de 2008 y 2012. En su reelección, para citar sólo un ejemplo, Obama perdió el voto blanco por más de veinte puntos, remontando ese margen merced al espaldarazo del 82% de los votantes no blancos.

Trump, entonces, montó una ola de la que no fue hacedor. De seguro, su trabajo difamatorio contra Obama atizó el odio, pero la audiencia estaba congregada desde antes.⁸ Durante la competencia interna por la nominación republicana, Trump recibió un respaldo abrumador entre los individuos que puntuaban alto en el índice de resentimiento racial. Su habilidad para erigirse en portavoz de esa emoción fue clave para desafiar la ley no escrita que asignaba la elección del candidato a las élites partidarias. Abramowitz postula, vía la aplicación de variables de control, que la importancia de esta afección eclipsó a los motivos económicos: “gran parte de la relación aparente entre clase social y apoyo a Trump parece haber estado mediada por el resentimiento racial –era más probable que los republicanos menos educados y de ingresos más bajos apoyaran a Trump básicamente porque tendían a presentar niveles más altos de resentimiento racial que aquellos con más educación e ingresos”.⁹

Este esquema causal se traslada a la puja con Clinton. Trump, arguye Abramowitz, pudo

sobreponerse a su elevada imagen negativa por la combinación de dos elementos. En primer lugar, operó la inquina de las bases republicanas hacia los demócratas en general y hacia Clinton en particular. El partidismo negativo hizo que también aquellos que abrigaban serias reservas respecto a Trump preservaran la lealtad partidaria. Mitt Romney, candidato en 2012, y los expresidentes Bush retacearon su aval, pero el 88% de los votantes identificados con el Partido Republicano optaron por el magnate. En segundo lugar, el resentimiento propició un vuelco en aquellas jurisdicciones que definieron la contienda: “Un número de estados en los que a Donald Trump le fue excepcionalmente bien comparado con Mitt Romney están en el Noreste y Medio Oeste, incluyendo a los estados oscilantes de Iowa, Ohio, Michigan y Wisconsin. Todos estos estados tienen proporciones relativamente bajas de no blancos y relativamente grandes de votantes blancos de clase obrera”.¹⁰

Al momento de discernir la relevancia de los aspectos económicos y culturales, Abramowitz persiste en su hipótesis nodal. Aunque debe admitir que los prejuicios raciales y el inconformismo económico estuvieron ligados, aventura que la primacía correspondió a los primeros. La evaluación de la economía nacional influyó en los electores, reconoce, pero es plausible que ese mismo diagnóstico estuviera atravesado por la animadversión racial. El análisis de encuestas descarta, para la población blanca, un vínculo

⁸ En el libro de Skocpol y Williamson, Trump recibe sus únicas menciones como agitador del *birtherism*, corriente de opinión que exigía la divulgación del certificado de nacimiento de Obama, incitando sospechas

sobre su procedencia. *The Tea Party and...*, op. cit., p. 194.

⁹ Alan I. Abramowitz. *The Great Alignment...*, op. cit. p. 140.

¹⁰ Idem. p. 148.

significativo entre situación económica personal y predilección por Trump. En cambio, confirma al resentimiento racial como principal variable explicativa de esa inclinación.¹¹ Para Abramowitz, el resultado de 2016 plasmó el descontento frente a las alteraciones demográficas y culturales del último medio siglo más que una protesta ante los efectos materiales de la globalización.

La propuesta de Pippa Norris y Ronald Inglehart, sin duda más ambiciosa, se inscribe en la misma disyuntiva entre explicaciones culturalistas y economicistas. En *Cultural Backlash*, los autores amplían el campo de observación, interrogando el avance sincrónico del populismo autoritario en Estados Unidos y Europa. En el tema que nos atañe, aspiran a subsumir la victoria de Trump bajo una teoría general del conflicto en el mundo desarrollado. El modelo propuesto matiza el influjo de las notas específicas de la sociedad norteamericana, como su composición racial, perfil religioso e historia política reciente, otorgando preeminencia al clivaje generacional, denominador común de los múltiples cimbronazos sufridos por el consenso liberal-democrático en años recientes.

El primer acto del libreto lo constituye la “revolución silenciosa” postulada por Inglehart hace más de cuatro décadas. A fines de los setenta, el politólogo afirmó que la seguridad existencial de la segunda posguerra había dejado una marca indeleble en la orientación valorativa de la nueva cohorte etaria, alejándola de sus más sufridas

predecesoras. El desvío implicaba una sustitución de valores materialistas, organizados en torno a la seguridad económica y física, por otros “posmaterialistas”, anclados en la libertad de elección individual y la expresión del sí mismo.¹² Con el tiempo, este viraje quedaría asociado al ambientalismo, la liberalización sexual, el cosmopolitismo, la igualdad de género y el respeto por las minorías. Inicialmente contraculturales, estos tópicos perdieron tal carácter al convertirse, paulatinamente, en la nueva constelación prevaleciente.

Cada generación, reza el argumento, se adentró un poco más que la anterior en la ruta del posmaterialismo. Pero la dinámica cultural que brotó de esta transformación no siguió una función lineal. Según Norris e Inglehart, las sociedades occidentales avanzadas alcanzaron un “momento crítico” [*tipping point*] en el que las lentas mutaciones suscitaron un vendaval: “Cambios en el tamaño relativo de los grupos mayoritarios y minoritarios pueden desencadenar un giro decisivo en las actitudes y comportamientos colectivos, catalizando una reacción cuando un grupo previamente dominante percibe que sus normas y creencias básicas están siendo abrumadas por las mareas sociales y que están perdiendo su estatus hegemónico”.¹³ De ambos lados del Atlántico, los nacidos en el período de entreguerras lideran la resistencia a la revolución silenciosa mientras los parámetros demográficos se vuelcan en su contra.

¹¹ Ibidem, pp. 158-159.

¹² Ronald Inglehart. *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*; Nueva Jersey, Princeton University Press, 1977.

¹³ Pippa Norris y Ronald Inglehart. *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism*; Nueva York, Cambridge University Press, 2019, p. 44.

Esta reacción entraña el resurgimiento de principios autoritarios, que atacan tanto a las minorías históricamente vilipendiadas como a la élite liberal, repudiada como una nueva mayoría peligrosa. Norris e Inglehart definen al autoritarismo a partir de tres columnas elementales. En primer término, resaltan la preocupación por la seguridad ante la intromisión de extraños, figurados como inmigrantes que saturan el mercado de trabajo, violadores y/o terroristas ladinos. Además, incluyen la exigencia de conformidad con tradiciones culturales y modos de vida ortodoxos, que denigra a las libertades individuales y menosprecia la diversidad. Por último, el autoritarismo supone la obediencia a líderes fuertes que se reputan indispensables para proteger al grupo, debilitando el andamiaje regulatorio de la democracia liberal.

Ese debilitamiento, añaden, se acelera con la intervención del estilo retórico populista, que corroe la fe en la autoridad legítima de los representantes electos. Norris e Inglehart reducen el trajinado fenómeno populista a dos premisas simples. La primera es el desafío lanzado contra el establishment, categoría que puede denotar a políticos de carrera, burócratas del sector público, jueces, lobistas, intelectuales o científicos. Complementariamente, el populismo consagra al pueblo como única fuente válida de autoridad moral y política. De este modo, instituye una separación tajante entre

ciudadanos ordinarios y élites corruptas que resquebraja los diques de la institucionalidad democrática, haciéndolos vulnerables al torrente autoritario.¹⁴ .

Por medio de una compulsa intercontinental, Norris e Inglehart profundizan la comprensión del sustento social del autoritarismo. Al mentado sesgo etario agregan un dato crucial sobre la propensión de las cohortes a involucrarse en la política formal: “es muchísimo más probable que la generación de entreguerras y la del *baby boom* participen en las elecciones que los millennials –en un grado mucho mayor de lo que han indicado estudios anteriores. Esto lleva a disparidades sustanciales por cohorte de nacimiento y a la sobrerrepresentación del ‘voto gris’ en los partidos y elecciones”.¹⁵ En este punto se abre una brecha entre procesos de cambio cultural de larga duración y procesos de representación política. El posmaterialismo acarrea una dosis de desapego por la política institucional que funciona como un as en la manga de los reaccionarios.

Aun así, la capacidad de los partidos que enarbolan un discurso populista autoritario para acceder al poder depender, según Norris e Inglehart, de las reglas del juego político. Los sistemas de representación proporcional resultan especialmente ventajosos para el avance autoritario. Ejemplos de esta condición son el Partido de la Libertad de

¹⁴ Es preciso acotar que Norris e Inglehart no plantean un vínculo necesario entre populismo y autoritarismo. Para ellos, el primero es un juicio sobre quiénes deben gobernar, pero no acerca de qué objetivos se deben perseguir o cuáles medidas se han de implementar. Por eso, el estilo retórico populista aúna figuras tan dispares

como Marine Le Pen y Bernie Sanders o movimientos con programas tan desemejantes como Podemos y Alternativa para Alemania.

¹⁵ Pippa Norris y Ronald Inglehart. *Cultural Backlash: Trump, Brexit...*, op. cit. p. 277.

Austria, que llegó a integrar la coalición de gobierno con sólo el 26% de los votos, y su equivalente holandés, comandado por Geert Wilders, que se acomodó como segunda fuerza a nivel nacional con apenas el 13,1% de los sufragios. Este sistema favorece a los partidos pequeños porque disminuye el umbral que limita el acceso a posiciones de gobierno y, de esta manera, abre las puertas al extremismo autoritario. Inversamente, el sistema mayoritario uninominal que rige en el Reino Unido obstaculizó el ascenso del Partido de la Independencia que, pese a obtener el 12,6% en las elecciones de 2010, sólo conquistó un escaño en el Parlamento. La moraleja es que el marco legal funge como agente mediador entre la inclinación política de la población y el reparto efectivo del poder

A pesar de que la estructura de la oferta política afecta las chances del populismo autoritario, en Estados Unidos el sistema mayoritario se probó incapaz de contener a esta corriente. La moderación supuestamente garantizada por el bipartidismo fue derribada desde adentro por la revuelta de Trump. Más allá de esta peculiaridad, el reclutamiento de seguidores respetó el patrón típico del populismo autoritario. El eje materialismo-posmaterialismo, de influencia marginal a lo largo del siglo XX, ocupó un lugar inédito en la configuración del espacio político. En las elecciones de 2016, “los puros materialistas tuvieron una probabilidad 3,8 veces mayor de votar a Trump que a Clinton, en tanto que los posmaterialistas puros tuvieron una probabilidad 14,3 veces mayor de votar a Clinton”.¹⁶ Amplificando una tendencia verificada en los años de Obama, el

antagonismo cultural opacó a la discusión sobre economía, clásica de la pugna entre izquierda y derecha. La mera existencia de un vector que divide a la sociedad no es suficiente para convertirlo en centro de atención. Este salto, remarcan Norris e Inglehart, depende de un quehacer político: “Una figura sexista, racista, xenófoba, autoritaria y antiambientalista, Trump es la antítesis de todo lo que valoran los posmaterialistas. Por consiguiente, es precisamente el tipo de candidato que, según la tesis de la revolución silenciosa, polarizaría el voto entre materialistas y posmaterialistas –y lo hizo con un alcance asombroso”.¹⁷

Como era de esperar, el choque mostró un franco registro generacional. Entre los mayores de 65 años, el 54% manifestó una opinión favorable de Trump, guarismo que se desplomó al 20% entre los que no llegaban a las tres décadas de vida. Otra vez, Millenials y nacidos en el período de entreguerras se encontraron en lados opuestos de la trinchera. Variables aledañas que gravitan globalmente en el regreso autoritario también contribuyen a entender el éxito de Trump. Como es la norma, su atractivo fue mayor entre los hombres, las personas con bajo nivel educativo y los habitantes de zonas rurales. Norris e Inglehart, al igual que Abramowitz, detectan que el juicio sobre el rumbo económico fue relevante en la determinación del voto, pero en menor grado que los indicadores culturales.

En su núcleo, el apoyo a Trump “puede explicarse en gran medida como un fenómeno psicosocial, reflejo de una reacción nostálgica de conservadores sociales y sectores viejos

¹⁶Idem, p. 345.

¹⁷ Ibidem, p. 346.

del electorado en busca de un baluarte contra largos procesos de cambio valorativo, la ‘revolución silenciosa’ que transformó a la cultura norteamericana durante la segunda parte del siglo XX”.¹⁸ Su flamante estatus de minoría los empujó a la acción y la diferencia generacional en la *ratio* de participación les permitió disputar un desenlace abierto. A este activo se sumó la modalidad del colegio electoral, que perjudicó a las zonas urbanas y magnificó a los estados republicanos. Clinton obtuvo casi tres millones de votos más que Trump, pero eso sólo hizo más amarga la derrota.

Aquí, subrayan Norris e Inglehart, las reglas del juego ahondaron el desacople entre cultura y política. Puede que Trump sea un síntoma de la época, pero no su retrato fiel. Lejos de encarnar un clamor unificado, ventila la angustia de un grupo en retirada. Por eso, las páginas de *Cultural Backlash* son cautamente optimistas. Si el populismo autoritario pretende dañar a la tradición cívica, sus enemigos disponen de medios para frenarlo. Movilizar a los jóvenes, reducir la desigualdad económica y educar contra la xenofobia son los vértices de un triángulo virtuoso con chances reales de vencer. La demografía está del lado de la democracia.

Los Estados Unidos de la gente común

En la trayectoria intelectual del politólogo Morris Fiorina, los eventos de 2016 significaron un llamado a reanudar querellas pasadas. Para su mirada experta, los discursos sobre la división alarmante de la sociedad

norteamericana repetían un error prolongado e inmune a los datos. Ya en 2004, el profesor de Stanford había cargado contra la lectura de la reelección de George W. Bush como indicio de una fractura insalvable del público estadounidense. En *Culture War?*, escrito con la ayuda de Samuel J. Abrams y Jeremy C. Pope, Fiorina sentó las bases de una interpretación opuesta a la idea de reacción cultural. El postulado básico del libro era que la afamada polarización de Estados Unidos abarcaba únicamente a su clase política, mientras la ciudadanía permanecía en un centro pragmático dispuesto al compromiso y proclive al término medio. Las caricaturas que contrastaban al sur republicano, pintándolo como el reino de bastos portadores de armas, con un norte refinado, cosmopolita y ateo, ocultaban un sinnúmero de confluencias. En las encuestas de opinión, los pobladores de estados rojos y azules sólo diferían ligeramente en temas de educación, género e inmigración. Al revés de los pronósticos, el apoyo a la limitación de las ganancias corporativas alcanzaba, en los estados republicanos, una proporción semejante a la de las jurisdicciones más liberales, y la imagen positiva del Partido Demócrata superaba el 50%. En el mismo sentido, Fiorina resaltó que el 65% de los habitantes de estados demócratas avalaba la pena de muerte y que una mayoría nombraba a la religión como parte sustantiva de su vida personal.

Además de minimizar el riesgo de secesión, Fiorina retomó estudios previos que señalaban la convergencia valorativa entre hombres y mujeres, blancos y afroamericanos, y grupos con distinto nivel

¹⁸ *Ibidem*, p. 353.

educativo.¹⁹ Incluso en los tópicos más espinosos, añadió, el desacuerdo no justificaba las metáforas bélicas circulantes. La lucha por el aborto era, por entonces, el terreno de debate por excelencia. En el foro público, describió Fiorina, grupos evangelistas reñían con feministas pertinaces, acentuando la impresión de un abismo cultural formidable. El instrumental sociológico, sin embargo, revelaba que el grueso de los ciudadanos se ubicaba a distancia apreciable de ambas posturas. En realidad, el consenso mudo de los estadounidenses ordinarios tendía a una legalización bajo ciertas condiciones. Entre los simpatizantes del Partido Republicano, sólo una cuarta parte se oponía al aborto sin importar las circunstancias. De los demócratas, apenas la mitad abogaba por la legalización desprovista de cláusulas restrictivas.

Fiorina vio en este desfase la expresión *in nuce* del malentendido inherente al concepto de “guerra cultural”. En efecto, la polarización era una tendencia circunscripta a las élites políticas, un desplazamiento que atañía únicamente a funcionarios y activistas, sector ínfimo de la población total. Los medios, en su búsqueda de audiencia, amplificaban la voz de estos círculos, propagando una visión distorsionada del temperamento nacional. Debajo de esta bruma ideológica, una mayoría de moderados se veía forzada a elegir entre

candidatos ungidos por dos minorías intensas. La radicalización aparente de la ciudadanía no era, para el autor, más que una ilusión óptica generada por el deslizamiento hacia los extremos de la clase política. El menú había cambiado, no los comensales. Una metáfora repugnante para nuestros sentidos latinoamericanos resume la hipótesis de Fiorina: “la mayor parte de los norteamericanos son un poco como los ciudadanos desafortunados de algunos países del tercer mundo que tratan de evitar el fuego cruzado mientras guerrillas de izquierda y escuadrones de la muerte de derecha se disparan entre sí”.²⁰

El resultado de 2016 no conmovió su fe en la medianía del pueblo estadounidense. Cuando arreciaron las advertencias de una guerra civil próxima, Fiorina se asumió otra vez como portavoz de la templanza. Al igual que quince años atrás, consoló, el termómetro sociológico acreditaba la estabilidad en la incidencia del racismo y el machismo. Quienes avizoraban un brote fascista incurrieron en la falacia de tomar la parte por el todo, infiriendo erróneamente la voluntad de los votantes republicanos a partir del puñado de energúmenos que presenciaban los mítines de Trump. Entre los primeros, el entusiasmo ante las promesas draconianas del candidato neófito brillaba por su ausencia. La razón primordial de su elección no fue un giro súbito hacia la derecha, sino el repudio concitado por

¹⁹ Los artículos referidos por Fiorina son Paul DiMaggio, John H. Evans y Bethany Bryson. “Have Americans’ Social Attitudes Become More Polarized?”. *American Journal of Sociology*, Vol. 102, Nro. 3, 1996, pp. 690-755; y John H. Evans. “Have Americans’ Attitudes Become More Polarized? –An Update”. *Social Science Quarterly*, Vol. 84, Nro. 1, 2003, pp. 71-90. A partir de esos estudios, que retrocedían hasta los tiempos de

Carter, Fiorina planteó que el mito de la “guerra cultural” se erigía sobre una representación idealizada del pasado que oscurecía las disidencias de antaño. El tremendismo del presente requería un flagrante ejercicio de amnesia histórica.

²⁰ Morris P. Fiorina, Samuel J. Abrams y Jeremy C. Pope. *Culture War? The Myth of a Polarized America*; Nueva York, Pearson, 2006, p. 8.

Clinton: “Inspeccionando los datos, la noción de que, el día de los comicios, millones de norteamericanos se despertaron pensando ‘¡Al fin un racista/sexista/demagogo por el que votar!’ es muy dudosa. Muchos más amanecieron preguntándose si era mejor votar por Alien o por Predator”.²¹ Fiorina concedió que, independientemente de la intención de los votantes, el nuevo ciclo podría tener grandes consecuencias. No obstante, el sustrato social establecería límites a la capacidad de maniobra del cuadragésimo quinto presidente. Una reorientación drástica de las políticas públicas era de esperar, pero la deriva totalitaria, como el estallido violento, estaba vedada.

Herederos del planteo medular de Fiorina, Jon Herbert, Trevor McCrisken y Andrew Wroe anudan su dictamen sociológico a una disección de la inoperancia política de la administración Trump. Los autores ratifican que estamos ante un presidente extraordinario, pero sostienen que su presidencia es ordinaria. Ignorando por completo el saber acumulado sobre la dimensión performativa del lenguaje, el trío separa la metodología de Trump, que concierne a su retórica, su estilo, sus palabras y promesas, del resultado de sus políticas y la sustancia de sus acciones. Trump, aducen, cultivó un personaje estafalario que

obnubiló a detractores y fanáticos, distrayéndolos de una realidad prosaica.

Parte de la continuidad se explica por los factores que Fiorina subrayó. En vez de articular una alianza novedosa, aglutinando en un bloque a sectores hasta entonces ajenos entre sí, Trump apostó a los republicanos de siempre. Su influencia sobre los blancos de escaso nivel educativo sólo puede sorprender a un observador desprevenido, inconsciente del tinte republicano de este grupo. Si bien la animosidad racial de sus votantes fue patente, es difícil ver en ella un ingrediente imprevisto del GOP. A la vez, los proyectos más originales del magnate tuvieron poco eco en las filas del Partido. Sus proclamas contra los tratados de libre comercio apelaron a una minoría nacionalista, sin impresionar a la más extensa fracción tradicionalista. La prohibición a la entrada de extranjeros provenientes de países musulmanes coincidió con la mengua en el sentimiento contra los inmigrantes. Si Trump no espantó a los simpatizantes partidarios, tampoco los hizo mudar de opinión.

A estos parámetros, cercanos a la elucubración sociológica de Fiorina, los autores agregan un estudio minucioso del fracaso estratégico del presidente. Para ellos, la normalidad es el punto de encuentro de la inercia social con la impericia política. Antes del traspaso de mando, múltiples comentaristas anticipaban el despliegue de

²¹ Morris Fiorina. “The Meaning of Trump’s Election Has Been Exaggerated”. *RealClearPolitics.com*, enero, 2018. Disponible en: <https://www.realclearpolitics.com/articles/2018/01/10/the-meaning-of-trumps-election-has-been-exaggerated-135968.html>. Consultado el 18 de enero de 2020. Un

argumento similar se lee en Morris Fiorina. “Are We on the Verge of Civil War? Some Words of Reassurance”. *Defining Ideas*, septiembre, 2018. Disponible en: <https://www.hoover.org/research/are-we-verge-civil-war-some-words-reassurance>. Consultado el 18 de enero de 2020.

un feroz movimiento anti-establishment que trastornaría la dinámica institucional de la nación. Las dotes comunicacionales de Trump serían la piedra angular de este asalto sin precedentes. Herbert, McCrisken y Wroe afirman que estos pronósticos fallaron por soslayar la diferencia entre astucia electoral y aptitud para gobernar. En su trayecto hasta el Salón Oval, Trump acaparó el foco de los medios masivos de comunicación con rencillas personales y juicios temerarios de nula consistencia o precisión factual. Esa maestría en el arte de obtener cobertura gratuita de los medios no se tradujo en habilidad para fijar agenda. El carácter disperso de los mensajes presidenciales fue del todo incompatible con la tarea de establecer prioridades, movilizar prosélitos y ejercer presión sobre los representantes. Saltar de un tema a otro rápida e imprevisiblemente renueva titulares y zócalos al precio de diluir la convicción de los adeptos.

En la elucubración palaciega, el desempeño no fue más eficaz que en las interpelaciones al llano. Herbert, McCrisken y Wroe describen a un presidente que desconoció los resortes del poder y malogró los recursos de la Casa Blanca. En lugar de rodearse de expertos, Trump se informó a través de Fox News, cadena ultraconservadora sintonizada entre

cuatro y ocho horas por día, y designó a los miembros de su equipo con la lealtad como criterio supremo. La contracara paranoica de esta obsesión lo obligó a un ritmo afiebrado de sustituciones y fomentó rivalidades en la mesa chica. Este núcleo disfuncional quedó inerme ante el Estado administrativo que Steve Bannon, aspirante a monje negro, había jurado “deconstruir”.²² Al final, no hubo más remedio que apelar a republicanos convencionales para ocupar cargos clave de la gestión.

La misma resignación se afincó en el Congreso. Carente de un programa legislativo, Trump debió asumir el que le presentaron los cabecillas del Partido. Las dos metas inaugurales fueron abrogar *Obamacare*, ley sanitaria promulgada en 2010, y sancionar una reforma tributaria diseñada por el ya mencionado Paul Ryan. A la falta absoluta de originalidad, Trump sumó una gran torpeza en el manejo de los códigos parlamentarios. Por la composición del Legislativo, la aprobación de los proyectos requería atraer demócratas en el Senado y contentar a las diversas facciones de su bloque en la Cámara de Representantes. Herbert, McCrisken y Wroe atribuyen los traspies en esta arena a las excentricidades de Trump. El presidente invirtió posicionamientos sin previo aviso, comprendió vagamente los asuntos a tratar e

²² Dylan Riley señala el mismo atolladero. Sirviéndose de categorías weberianas, califica de patrimonialista al liderazgo de Trump, matizando la importancia del componente carismático. Esta forma de dominio, recordemos, prescinde de la separación burocrática entre las esferas privada y oficial. Trump, resume Riley, dirige el ejecutivo cual cabeza de familia, recalcando la obligación personal de sus funcionarios. Esta concepción choca con el Estado moderno: “La elección de Trump ha insertado esta estructura patrimonial como un cuerpo extraño dentro del enorme Estado burocrático, legal y

racional estadounidense, creando graves problemas de gobierno. Uno de ellos es que la red patrimonial de Trump es simplemente demasiado pequeña para poder situar en las agencias federales a gente que sea mínimamente competente y cumpla con el deseado estándar de lealtad. La elevada tasa de renovación —una tercera parte del personal más influyente de la Oficina Ejecutiva de la Presidencia tuvo que ser sustituido en el primer año— es un síntoma de esta inadecuación”. Dylan Riley. “¿Qué es Trump?”. *New Left Review*, Nro. 114, 2018, pp. 29-30.

insultó públicamente a legisladores cuya colaboración precisaba. En consecuencia, sus aliados lo pensaron dos veces antes de expresarse a favor de políticas que al poco tiempo podían ser bastardeadas por el mismísimo Trump y sus opositores no vieron motivos para cooperar. Así, los planes más osados del magnate se perdieron en la nada: “cuando se trató de recortes bruscos a departamentos federales, el muro, la reforma migratoria o la infraestructura, el Partido negó su apoyo a Trump. Muchas veces, no se llegó a un voto final que hubiera avergonzado al presidente”.²³

Además de modestos, los logros del cuadragésimo quinto presidente estuvieron perfectamente alineados con las directrices del conservadurismo republicano. En la selección de Neil Gorsuch y Brett Kavanaugh para la Corte Suprema, la deferencia con las élites permaneció intacta. En las acciones ejecutivas tendientes a la desregulación y el achicamiento del Estado federal, la herencia de Reagan y Bush fue evidente. Los lobistas de Washington, aludidos en el slogan de campaña que amenazaba con “drenar el pantano”, prosiguieron con su oficio sin ataduras ni obstáculos. En política exterior, agregan Herbert, McCrisken y Wroe, la estrategia de asegurar la paz a través de demostraciones de fuerza hundió sus raíces en un manifiesto publicado por Barry Goldwater en los sesenta. Con todos sus riesgos y miserias, este modelo implicó deshacer lo actuado por Obama para retornar a una matriz geopolítica republicana. Por

último, restarle carga fiscal al quintil más encumbrado tampoco desmarcó de la ortodoxia.

En vista de estas continuidades, Herbert, McCrisken y Wroe concluyen que el Partido cooptó a Trump y no al revés: “el supuesto tribuno de la clase trabajadora mutó en un clásico plutócrata republicano, con el gabinete más rico de la historia, recortando los impuestos de los adinerados y los servicios sociales y sanitarios de los pobres, y firmando tratados de libre comercio que imitan a aquellos que reemplazan”.²⁴ La membrana populista escondió una sustancia ordinaria, los modos extravagantes sirvieron a objetivos corrientes.

Para esta segunda perspectiva, los temores por el deterioro democrático son infundados. La moderación de la ciudadanía y los contrapesos institucionales anulan la posibilidad de un quiebre siniestro de la historia. Tras la cortina de humo del escándalo, permanece indemne una sociedad mesurada, suspicaz de las cruzadas ideológicas y que mata con la indiferencia a las fantasías grandilocuentes. En la mañana del 20 de enero de 2017, día de la investidura, la multitud escueta decepcionó sus propias expectativas. Ocho años antes, el triple de personas había vitoreado al primer mandatario negro de la historia estadounidense. Kellyanne Conway, consejera presidencial, buscó refugio en “datos alternativos” que estimaban una concurrencia inigualable. La frase fijó un símbolo atinado para una dirigencia que veía

²³ Jon Herbert, Trevor McCrisken y Andrew Wroe. *The Ordinary Presidency of Donald J. Trump*; Londres, Palgrave MacMillan, 2019, p. 174.

²⁴ Idem p.217.

correligionarios donde no los había. Como líder fascista, Trump fracasó antes de empezar.

Industria cultural y pseudo-conservadurismo. Enseñanzas frankfurtianas sobre el fascismo en Estados Unidos

Si el orgullo pesara más que el sentimiento de responsabilidad, la teoría crítica hubiera celebrado socarronamente los acontecimientos de 2016. Por décadas, las advertencias de los exiliados alemanes sobre el potencial fascista de la sociedad norteamericana habían sido descartadas como la exageración de marxistas agoreros. La conversión de una estrella de *reality show* en presidente reaccionario vindicó a estos pensadores, que captaron tempranamente la interpenetración de mercancía y represión, consumo y violencia. En vez de revisar encuestas, los epígonos de la Escuela de Frankfurt consultaron sus bibliotecas. Allí encontraron las pesquisas del *Institut Fur Sozialforschung* acerca del antisemitismo en la República de Weimar, la reflexión sobre los agitadores fascistas legada por Adorno y Löwenthal, los estudios sobre la personalidad autoritaria y los clásicos *El miedo a la libertad*, *Dialéctica del Iluminismo* y *El hombre unidimensional*.

Según John Abromeit, el olvido de ese acervo preparó el asombro ante el triunfo de Trump.

Desgraciadamente, prosigue, el evolucionismo que irritaba a los frankfurtianos aún impregna el sentido común de los académicos. Cuestionar esta fe supone recordar el alegato de los expatriados contra la tesis del *Sonderweg* alemán: “Horkheimer y los teóricos críticos reconocieron que el fascismo había brotado de algunas de las tendencias más profundas y poderosas latentes en las sociedades modernas capitalistas, y que esas tendencias no habían sido extirpadas por la rendición incondicional de los fascistas en 1945”.²⁵ El capitalismo estadocéntrico de los *Trente Glorieuses* mermó el ímpetu del populismo de derecha, pero el aumento de la desigualdad y las crisis abruptas de la fase neoliberal lo revitalizaron.

Abromeit complementa esta invocación a las premisas del materialismo histórico con el rescate de categorías del análisis cultural. Para inteligir la aparición del *Tea Party* y su desembocadura en Trump recupera el concepto de “pseudoconservadurismo”, acuñado por Adorno en su colaboración con Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y Nevitt Sanford. A diferencia del conservador auténtico en su respeto de la democracia, el pseudoconservador es “un hombre que, en nombre de valores e instituciones americanos tradicionales y defendiéndolos contra peligros más o menos ficticios, pretende consciente o inconscientemente su abolición”.²⁶ En Estados Unidos, señala Adorno, el riesgo hace nido en este autoritarismo solapado. Bajo condiciones

²⁵ John Abromeit. “Frankfurt School Critical Theory and the Persistence of Authoritarian Populism in the United States”, en Jeremiah Morlock (ed.) *Critical Theory and Authoritarian Populism*; Londres, University of Westminster Press, 2018, p.20.

²⁶ Theodor Adorno, “Estudios sobre la personalidad autoritaria”, en *Escritos Sociológicos II, Vol. I*; Madrid, Akal, 2009, p 371.

normales, el pseudoconservador parece integrado al consenso democrático, pero, en el momento crítico, revela su faz genuina. Abromeit concibe a la reconstrucción de la derecha norteamericana como un desplazamiento hacia el pseudoconservadurismo, incipiente en el *Tea Party* y explícito en Trump. La persistencia de esta estructura psicológica se verifica en la réplica del complejo de usurpación observado por Adorno hace setenta años. En aquel entonces, el blanco dilecto de los pseudoconservadores era Franklin Delano Roosevelt. Sobre él recaían sospechas de fraude, de pactos secretos con potencias extranjeras y designios comunistas. Estas fantasías conspirativas, indica Abromeit, se repitieron contra Obama, tildado de socialista musulmán y elitista condescendiente. La idea subterránea siempre es que el impostor debe ser reemplazado por los dueños legítimos del poder. Para Abromeit, la conclusión de Adorno puede plagiarse con sumo provecho: “la meta por la que se afana la mentalidad pseudoconservadora –de forma difusa y semiconsciente– es la de establecer una dictadura del grupo económicamente más fuerte”.²⁷

En el rastreo bibliográfico, los discípulos de Frankfurt no buscan una fuente de inspiración remota, sino el archivo para constatar lazos históricos que operan en el plano psicosocial. Las continuidades imaginarias con el pasado son resultantes de un trabajo de memoria de los agentes reaccionarios, en amalgama con los

malestares endémicos del capitalismo. Douglas Kellner, albacea intelectual de Herbert Marcuse, acude a la obra de Erich Fromm para ensayar una clínica a distancia de Trump y sus adeptos. El accionar de estos agentes trasluce, en opinión de Kellner, una red de patologías. En su trato con propios y extraños, Trump hace gala de un sadismo sin límite. El deseo de lastimar y humillar, típico de la personalidad autoritaria, pulsa en la demanda de violencia contra los opositores, en el trato denigratorio de las minorías y en la promesa de restituir el submarino y formas aún más cruentas de tortura, que no específica justamente para excitar la imaginación de sus oyentes. El narcisismo, otro de los rasgos que preocupaba a Fromm, campea en la manía de grabar su apellido en productos tan diversos como una cadena de hoteles, una universidad efímera y una línea de bistecs. Deseoso de exponer su modo de vida en los escaparates publicitarios, comenta Kellner, Trump es un espécimen grotesco del “consumo conspicuo” analizado por Thorstein Veblen. El ansia de protagonismo se une, así, a la “agresividad maligna” que los *winner*s deben descargar sobre los *losers*. Para este psiquismo frágil la derrota es una contingencia insoportable: en un mitin de campaña, Trump insinuó que los defensores de la Segunda Enmienda Constitucional, aquella que garantiza el derecho a portar armas, podrían “hacer algo” si Clinton se alzaba con la presidencia. Estas argucias, tan pueriles, siguen el guión básico del demagogo autoritario.²⁸

²⁷ Ibid, p.384.

²⁸ Douglas Kellner. “Donald Trump as Authoritarian Populist: A Frommian Analysis”, en Jeremiah Morlock

(ed.) *Critical Theory and Authoritarian Populism*; Londres, University of Westminster Press, 2018.

La ligazón de Trump con el pasado excede la repetición de taras psicológicas. En *American Nightmare*, Kellner compila sus guiños a la tradición ultraconservadora estadounidense. Durante sus alocuciones, Trump practica las *dog whistle politics*, estrategia que consiste en proferir un mensaje polisémico, inocuo a los ojos del público general, pero con implicancias maliciosas que un grupo marginal detecta. Cuando exclama *America First*, Trump refuerza la idea de que protegerá los puestos de trabajo norteamericanos y terminará con los abusos de la diplomacia internacional. Al mismo tiempo, rehabilita el lema de quienes se opusieron a la intervención del país en la Segunda Guerra Mundial, muchas veces por sus simpatías con el Eje. Por esta vía, alienta subrepticamente a los grupos neonazis, racistas y antisemitas, que aguardan el momento de salir al sol. En carriles menos extremos, Nixon emerge como punto de referencia. Los halagos a la “mayoría silenciosa” retrotraen a finales de los sesenta, aunque los vocingleros ridiculizados ya no son los manifestantes contra la guerra de Vietnam sino los adalides de la corrección política.²⁹

La interpretación de Kellner reúne dos afirmaciones que hasta aquí hemos presentado divorciadas. Primero, remarca las continuidades en la vida cultural norteamericana. El autoritarismo no debe adjudicarse a un brote reciente que sirve de réplica ante el cambio social, ni a un extremismo de nueva data. Si bien la fase neoliberal del capitalismo contribuyó a su eclosión, el nodo antidemocrático jamás dejó

de manifestarse, como atestigua el recelo de los frankfurtianos. Segundo, ubica a las instituciones políticas al borde del precipicio. Contra quienes equiparan lo ordinario a lo inofensivo, asevera que las disposiciones tétricas pueden enquistarse en hábitos duraderos y compartidos. Para dar la voz de alarma no es preciso registrar un desvío mayúsculo en los indicadores poblacionales. Asimismo, la administración Trump puede tener mucho de republicana y lanzar, por eso, un ataque brutal contra la democracia.

En sintonía con Kellner, Henry A. Giroux endilga a los acuerdos bipartidistas una fracción de la culpa por el manto de respetabilidad que cubre a los abusos del poder: “El Partido Demócrata opera al servicio de la maquinaria de guerra, la élite financiera y varios rangos del complejo militar-industrial-académico-vigilante. En el actual clima político, centrismo y extremismo son cada vez más indistinguibles”.³⁰ Este avance de la crueldad, sin embargo, trasciende la iniciativa autónoma de los agentes políticos y las creencias de un sector delimitable de la sociedad. Característica sistémica, permea la vida colectiva más allá de identidades partidarias y escalas de actitud.

A juicio de Giroux, el aspecto más dañoso concierne al uso y representación de la violencia. En calidad de pedagogo, denuncia la colonización securitaria del espacio escolar. Una ciudadanía que permite la intromisión policial en las escuelas y el consecuente tratamiento carcelario de su comunidad abdica de una de sus tareas primordiales. La

²⁹ Douglas Kellner. *American Nightmare: Donald Trump, Media Spectacle and Authoritarian Populism*; Boston, Sense Publishers, 2016.

³⁰ Henry A. Giroux. *The Public in Peril: Trump and the Menace of American Authoritarianism*; Nueva York, Routledge, 2018, p.3.

acquiescencia con estas prácticas delata una indiferencia moral grave. Ese punitivismo contra los menores de edad forma parte de un esquema racista y clasista, que allana el camino del aula a la cárcel. Giroux añade que las tácticas de opresión utilizadas en el extranjero han sido adaptadas a la gestión interna de los postergados: “A medida que la guerra contra el terrorismo retorna a casa, los espacios públicos han sido militarizados y las fuerzas policiales han tomado el rol de un ejército de ocupación, especialmente en los barrios de minorías pobres. Actuando como una fuerza paramilitar, la policía se ha transformado en el nuevo símbolo del terrorismo doméstico, hostigando a la juventud racializada a través de la criminalización de un multitud de comportamientos”.³¹ A la par de las loas a la sociedad post-racial se afianzó un paradigma de segregación homologable al de Jim Crow.³² Las conclusiones sobre el significado histórico de Obama se probaron apresuradas cuando un racista por convicción lo sucedió en el cargo. Con este pasaje, la discriminación implícita en las políticas públicas se encarnó en un bravucón despectivo.

Este tránsito, sostiene Giroux, hubiese sido imposible sin el concurso de una industria del entretenimiento que banaliza la violencia. La cultura de la crueldad se inculca por medio de productos mercantiles variados, entre los que destaca a las ceremonias militares intercaladas en eventos deportivos (con financiación del Pentágono), los videojuegos que colocan al usuario en la piel de

francotiradores incontinentes y las leyendas de apoyo a las tropas en los tickets bancarios. Este festival de hipermasculinidad y agresión emula la militarización fascista de la esfera pública. La apariencia ligera de estas estrategias engaña y lleva a subestimar su poder para moldear subjetividades.

En su diatriba contra la lógica espectacular, Giroux refresca las admoniciones frankfurtianas sobre la industria cultural. Refugiados en California, Adorno y Horkheimer desmenuzaron la sumisión del arte al dominio del capital, que vislumbraron como un anticipo de lo que ocurriría en Europa. Entre muchas otras apreciaciones, el par filosófico acusó la homogeneización mercantil de la cultura, que tendía a suprimir la individualidad y cualquier atisbo de confrontación con el sistema: “Divertirse significa siempre que no hay que pensar, que hay que olvidar el dolor incluso allí donde es mostrado. En la base de la diversión está la impotencia. Es en efecto fuga, pero no –como pretende– fuga de la realidad mala, sino fuga respecto al último pensamiento de resistencia que la realidad puede haber dejado aún”.³³ Como apunta Claus Offe, esta perspectiva aproxima la sociedad estadounidense a las peores experiencias europeas: “se efectúa un giro culturalista o sociopsicológico dentro del análisis social, según el cual hay que explicar en el plano de la reproducción cultural la integración sin fracturas y por lo tanto *totalitaria* de los miembros de las sociedades

³¹ Ibid, p. 128.

³² A este respecto, Giroux sigue los lineamientos sentados en Michelle Alexander. *The New Jim Crow*:

Mass Incarceration in the Age of Colourblindness; Nueva York, The New Press, 2010.

³³ Max Horkheimer y Theodor Adorno. *Dialéctica del Iluminismo*; Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 174.

estalinistas, fascistas o nominalmente democráticas”.³⁴

Giroux teme que este proceso se encamine a su culminación perfecta. Trump es el emblema de una época marcada por el “analfabetismo manufacturado”, que trata al pensamiento como una forma de estupidez y glorifica la ignorancia. La clausura de la agencia crítica aqueja particularmente a los jóvenes, cuyo naufragio en un océano de distracciones es erróneamente atribuido a los trastornos de atención. Ese cuadro psiquiátrico, fustiga Giroux, es un efecto colateral de la despolitización, que desune a las personas y las priva de facultades contemplativas. El espectáculo sacrifica al pensamiento en el altar de la pasión egoísta: “la cultura de la celebridad es el envés del nuevo analfabetismo de América, el borde suave del fascismo que festeja sin restricciones a la riqueza, el narcisismo y el glamour”.³⁵ En la indistinción de entretenimiento y crueldad el trumpismo tiene su momento de verdad, en el que devela una clave del malestar en la cultura.

Contra las ideas de reacción cultural y polarización de las élites, los teóricos críticos insisten en la unidad de política y sociedad. Trump, dicen, surgió de las entrañas nacionales, exponente de una historia que muchos quieren olvidar o tabicar en el pasado. Encomendarse a los moderados,

como Fiorina, o al recambio generacional, a la manera de Norris e Inglehart, equivoca la médula del asunto.³⁶ En una coyuntura catastrófica, la indiferencia, el absentismo electoral y la tibieza equidistante son parte del problema, no de la solución. Hasta el posmaterialismo juvenil es contraproducente porque aviva políticas de la identidad que fragmentan las demandas y debilitan al conjunto.³⁷ Sumidos en este panorama, el estupor y la pasividad de los foros académicos complican la articulación de una resistencia. Aquí irrumpe, con toda su potencia, el legado frankfurtiano. La investigación administrativa puede, a lo sumo, comprobar hechos anormales o hablar cuando es demasiado tarde. La alternativa crítica asume al pensamiento como una oposición a lo existente que, antes de ofrecer antídotos o paliativos, toma nota del sufrimiento irreparable.

Juicio final

Luego del desarrollo precedente, nuestra posición se asemeja a la del juez en aquellas piezas literarias estructuradas alrededor de las declaraciones incompatibles de testigos múltiples. El camino ha sido largo, pero aún no sabemos a quién creerle. ¿Es Trump el último estertor del hombre blanco envejecido, el espejismo de un microclima profesional

³⁴ Claus Offe. *Autorretrato a distancia: Tocqueville, Weber y Adorno en los Estados Unidos de América*; Buenos Aires, Katz, 2006, p. 112.

³⁵ Henry A. Giroux. *The Public in Peril...*, op. cit., p. 144.

³⁶ En el libro colectivo que reúne los artículos de Abromeit y Kellner, Samir Gandesha discute expresamente con Norris e Inglehart, a los que imputa un optimismo desmedido. Su terapéutica, objetiva, descansa en el recambio generacional, omitiendo “las formas en

las que los gobiernos populistas buscan institucionalizar sus agendas, cambiando así las reglas del juego”. Esta confianza en el progreso recuerda, según Gandesha, las ilusiones de la socialdemocracia alemana en los años treinta. Samir Gandesha. “Understanding Right and Left Populism”, en Jeremiah Morlock (ed.) *Critical Theory and Authoritarian Populism*; Londres, University of Westminster Press, 2018, p.54.

³⁷ Henry A. Giroux. *The Public in Peril...*, op. cit., p. 156.

escindido de la población o la viva imagen del capitalismo totalitario? El trilema no es inaudito. En ciencias sociales, por norma general, la división en tradiciones intelectuales produce disensos en la reconstrucción del mundo empírico. La observación de los hechos interactúa siempre con supuestos metafísicos, convicciones ideológicas y hábitos metodológicos. Cada intelectual recibe a los acontecimientos, por más insospechados que sean, con las herramientas de su gabinete y los esquemas de su mentalidad. Ahí se originan luchas que son descriptivas y prescriptivas a un tiempo. Las definiciones básicas acerca de lo que ocurre en la sociedad son solidarias con principios éticos acerca de lo que es deseable y lo que se reputa inaceptable. En el caso de Trump, se suman las estimaciones sobre la peligrosidad de lo sucedido, la importancia de contrarrestarlo y las proyecciones futuras del fenómeno. Las tres perspectivas repuestas se distinguen en cada uno de estos niveles interdependientes.

De Norris e Inglehart vale la pena extraer la tesis del conflicto generacional. Eventos posteriores a la publicación de *Cultural Backlash* corroboraron la tensión etaria allí expuesta. En los comicios británicos de 2019, Jeremy Corbyn arrasó entre los jóvenes, pero fue aplastado entre los mayores de cincuenta años.³⁸ En las internas del Partido Demócrata para 2020, el entusiasmo por Bernie Sanders cundió en los recién llegados a la mayoría de edad. En ambos casos, la resistencia intrapartidaria se escudó en representaciones

de madurez y medida. Con pocas semanas de diferencia, Keir Starmer y Joe Biden aseguraron sendos liderazgos como guardianes de la circunspección adulta contra la rebeldía juvenil.

Este acierto no exonera a Norris e Inglehart por su módica curiosidad intelectual. Dadas sus mismas premisas, cabe preguntarse si el deterioro de la seguridad existencial en la era del cambio climático, el aumento de las desigualdades y la migración forzada revertirá el giro posmaterialista. El populismo de izquierda, típicamente apoyado por millennials, encierra a menudo un retorno a reclamos económicos, un énfasis en las condiciones materiales de existencia. En sentido contrario, una mayor densidad teórica hubiera obligado a considerar a la sociedad de riesgo como caldo de cultivo del nacionalismo y la xenofobia.³⁹ A medida que las crisis recrudezcan, ¿no veremos acaso un mayor despliegue autoritario? Pese a sus méritos innegables, *Cultural Backlash* no profundiza suficientemente en el porvenir del eje materialismo-posmaterialismo, cuya centralidad está en cuestión.

Norris e Inglehart matizan el éxito ultraconservador con los ojos puestos en el futuro, Fiorina y sus seguidores, con un buceo en la opinión pública y los antecedentes del republicanismo. Los hallazgos de esta corriente ponen en aprietos al sensacionalismo, que contempla las maneras de Trump con una mezcla de fruición y escándalo. Algunos expertos diseccionan las

³⁸ Adam McDonnell y Chris Curtis. "How Britain voted in the 2019 general election", *YouGov*, 17 de diciembre de 2019. Disponible en: <https://yougov.co.uk/topics/politics/articles->

[reports/2019/12/17/how-britain-voted-2019-general-election](https://yougov.co.uk/topics/politics/articles-reports/2019/12/17/how-britain-voted-2019-general-election). Consultado el 13 de febrero de 2020.

³⁹ Ulrich Beck. *La invención de lo político*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

transgresiones protocolares de Trump y sus desvíos del comportamiento esperado en un presidente de Estados Unidos. Otros destacan la excepcionalidad de sus actos de gobierno, dando la impresión de un escenario único e irrepetible. Este sobresalto oculta la familiaridad de la presente coyuntura con otras del pasado. Herbert, McCrisken y Wroe demuestran que las líneas de intervención estatal lucen el sello inconfundible del Partido Republicano. Fiorina acota que la población execrada por su decisión monstruosa es similar a la que poco antes se ensalzaba.

Los autores erran, sin embargo, al aprovechar estos señalamientos para asordinar la crítica, cuando harían bien en afilarla. La normalidad del racismo, el imperialismo y la misoginia no debería ser un bálsamo, sino el punto de partida para una evaluación recia sobre Estados Unidos y su historia. El crescendo simbólico de estos vectores no es menos grave por fundarse en sentimientos ordinarios. De hecho, la propagación sin tapujos de retóricas discriminatorias otrora silenciadas legitima violencias y lesiona la dignidad de millones. La causa de la ceguera de Fiorina *et al.* es el enfoque individualista, que recoge preferencias abstractas sustrayéndolas de las dinámicas sociales que configuran el mundo de la vida. El significado de una fuerza política nunca puede reducirse a la media estadística de las convicciones profesadas por sus miembros. Para medrar, el conservadurismo reaccionario siempre suma voluntades que no avalan sus propuestas más extremas, pero las toleran.

Los epígonos de Frankfurt sortean este extravío e impugnan la ideología del progreso. Al indicar las modalidades pretéritas y la lógica sistémica de los actuales atropellos, revelan la tenacidad de las formas de opresión. De todos modos, sus trabajos no están a la altura de los grandes referentes alemanes. Kellner y Giroux recaen en automatismos contestatarios que liquidan las facultades críticas. Agobiados por el genio de sus predecesores, citan sus ideas célebres sin agregar demasiado. Para peor, olvidan los sutiles zigzagueos que dotan de vida a la dialéctica. Adorno, sin ir más lejos, se empeñó siempre en hallar contratendencias en la cultura norteamericana. La inspiración democrática reclama la búsqueda de lo no idéntico, de los puntos que subvierten la totalidad.⁴⁰ Caso contrario, la teoría crítica confluye con el funcionalismo en la equiparación de la sociedad con una totalidad inexpugnable. En Kellner y Giroux, “fascismo” y “neoliberalismo” se elevan como categorías que agotan lo real, sin resquicios.

Esta tercera perspectiva, que consideramos la más certera por reconocer el vínculo entre Trump y la lógica del capitalismo contemporáneo, podría superar sus limitaciones acudiendo a las otras dos. El activismo de la juventud y su rechazo visceral del cuadragésimo quinto presidente nos lleva a intuir que la época del “analfabetismo manufacturado” no carece de pliegues. El hiato entre representantes y representados, que Fiorina interpreta equivocadamente, enseña que el suelo social en el que se implanta el trumpismo dista de ser homogéneo. Una política de resistencia no

⁴⁰ Acerca de esta dimensión de las meditaciones adornianas sobre Estados Unidos, ver Shannon Mariotti.

Adorno and Democracy: The American Years; Kentucky University Press, 2016.

puede darse el lujo de ignorar esas zonas de ambigüedad e indecisión. El saldo de Herbert, McCrisken y Wroe evidencia que, hacia el final de la primera presidencia de Trump, los Estados Unidos distan de ser la utopía realizada de la clase empresarial y el supremacismo blanco. Es en estas arenas movedizas, más que en la denuncia de un poder omnímodo, que la teoría crítica debe demostrar su real valía.

BIBLIOGRAFÍA

- Abramowitz, Alan I. *The Great Alignment: Race, Party Transformation and the Rise of Donald Trump*; New Haven, Yale University Press, 2018.
- Abromeit, John. "Frankfurt School Critical Theory and the Persistence of Authoritarian Populism in the United States", en Jeremiah Morlock (ed.) *Critical Theory and Authoritarian Populism*; Londres, University of Westminster Press, 2018.
- Adorno, Theodor. "Estudios sobre la personalidad autoritaria", en *Escritos Sociológicos II, Vol. 1*; Madrid, Akal, 2009.
- Alexander, Michelle. *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colourblindness*; Nueva York, The New Press, 2010.
- Beck, Ulrich. *La invención de lo político*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Brady, David, Douglas Rivers Y Laurel Harbridge. "The 2008 Democratic Shift". *Policy Review*, Nro. 152, 2008. Disponible en: <https://www.hoover.org/research/2008-democratic-shift>. Consultado el 10 de febrero de 2020.
- Chait, Jonathan. "Donald Trump Hasn't Killed the Tea Party. He is the Tea Party". *New York Magazine*, 2016. Disponible en: <http://nymag.com/intelligencer/20>

[16/05/donald-trump-is-the-tea-party.html?gtm=top](https://www.huellasdeeu.com.ar/16/05/donald-trump-is-the-tea-party.html?gtm=top). Consultado el 10 de febrero de 2020.

Cowie, Jefferson. *The Great Exception: The New Deal and the Limits of American Politics*; New Jersey, Princeton University Press, 2016.

DiMaggio, Paul, John H. Evans y Bethany Bryson. "Have Americans' Social Attitudes Become More Polarized?". *American Journal of Sociology*, Vol. 102, Nro. 3, 1996, 690-755.

Evans, John H. "Have Americans' Attitudes Become More Polarized? –An Update". *Social Science Quarterly*, Vol. 84, Nro. 1, 2003, 71-90.

Fiorina, Morris "Are We on the Verge of Civil War? Some Words of Reassurance". *Defining Ideas*, septiembre, 2018. Disponible en: <https://www.hoover.org/research/a-re-we-verge-civil-war-some-words-reassurance>. Consultado el 18 de enero de 2020.

Fiorina, Morris. "The Meaning of Trump's Election Has Been Exaggerated". *RealClearPolitics.com*, enero, 2018. Disponible en: https://www.realclearpolitics.com/articles/2018/01/10/the-meaning-of-trumps-election-has-been-exaggerated_135968.html. Consultado el 18 de enero de 2020.

Fiorina, Morris P., Samuel J. Abrams y Jeremy C. Pope. *Culture War? The Myth of a*

Polarized America; Nueva York, Pearson, 2006.

Gandesha, Samir. "Understanding Right and Left Populism", en Jeremiah Morlock (ed.) *Critical Theory and Authoritarian Populism*; Londres, University of Westminster Press, 2018.

Giroux, Henry A. *The Public in Peril: Trump and the Menace of American Authoritarianism*; Nueva York, Routledge, 2018.

Herbert, John, Trevor McCrisken y Andrew Wroe. *The Ordinary Presidency of Donald J. Trump*; Londres, Palgrave MacMillan, 2019.

Hochschild, Arlie Russell. *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*; Nueva York, The New Press, 2016.

Horkheimer, Max y Theodor Adorno. *Dialéctica del Iluminismo*; Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Inglehart, Ronald. *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*; Nueva Jersey, Princeton University Press, 1977.

Kellner, Douglas. "Donald Trump as Authoritarian Populist: A Frommian Analysis", en Jeremiah Morlock (ed.) *Critical Theory and Authoritarian Populism*; Londres, University of Westminster Press, 2018.

Kellner, Douglas. *American Nightmare: Donald Trump, Media Spectacle and*

Authoritarian Populism; Boston, Sense Publishers, 2016.

<https://www.brookings.edu/blog/foreign-policy/2016/11/09/tea-party-and-trump-presidency/>. Consultado el 10 de febrero de 2020.

Shannon Mariotti. *Adorno and Democracy: The American Years*; Kentucky University Press, 2016.

McDonnell, Adam y Chris Curtis. "How Britain voted in the 2019 general election", *YouGov*, 17 de diciembre de 2019. Disponible en: <https://yougov.co.uk/topics/politics/articles-reports/2019/12/17/how-britain-voted-2019-general-election>. Consultado el 13 de febrero de 2020

Norris, Pippa y Ronald Inglehart. *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism*. Nueva York, Cambridge University Press, 2019.

Offe, Claus. *Autorretrato a distancia: Tocqueville, Weber y Adorno en los Estados Unidos de América*; Buenos Aires, Katz, 2006.

Parsons, Talcott. "Youth in the Context of American Society". *Daedalus*, Vol. 91, Nro.1, 1962, 97-123.

Riley, Dylan. "¿Qué es Trump?". *New Left Review*, Nro. 114, 2018, 7-36.

Skocpol, Theda y Williamson, Vanessa. *The Tea Party and the remaking of Republican conservatism*. Nueva York, Oxford University Press, 2012.

Williamson, Vanessa. "What the Tea Party Tells Us about the Trump Presidency", *Brookings*, Noviembre, Vol.9, 2016. Disponible en: